



EL SACRAMUELAS.

PERIODICO JOCOSERIO

DE TODO MENOS POLITICA Y RELIGION.—SALE LOS DOMINGOS.

La vergüenza.—La conciencia.—
El honor.

He aquí tres palabras que representan un capital de incalculable valor.

La vergüenza es tan necesaria, que sin ella no se concibe la conciencia en el hombre.

Esto es muy obvio; así como no puede darse la luz sin la presencia del Sol, del mismo modo no es dable que exista la vergüenza, sin que se deribe de ese tribunal interior que todos llevamos y que se apellida conciencia.

De lo expuesto se deduce, que la vergüenza es al hombre, lo que el Sol para el mundo: aquella vivifica y dirige á la humanidad: este alegra y da vida á cuan-

to tiene la naturaleza.

Del consorcio de la conciencia y de la vergüenza, resulta una tercera entidad moral que se llama honor; y véase como sin un grande esfuerzo, hemos formado el árbol genealógico de esa inapreciable virtud sobre la que hoy debemos discurrir.

La hemos llamado inapreciable, y debemos declarar que no ha sido un calificativo puesto al acaso.

El honor es una cosa que jamás ha tenido precio.

Un hombre con honor es casi una divinidad terrena que ha producido muchos Guzmanes: y del propio modo que no puede existir en un individuo aun mismo tiempo la virtud y el vicio, así tampoco es dado, que un hombre con honor sea

susceptible de injusticias.

Un navio y un hombre son dos cosas que tienen grandes puntos de contacto.

Es tal su afinidad, que no parece si no que se plagian.

Prueba.

El navio apenas sale de la mano del artífice, es arrojado á ese piélago inmenso y revuelto que llamamos mar, para que en él llene su mision: el hombre en el instante que abandona el claustro materno, es tambien arrojado á ese otro mar encrespado y cubierto de precipicios que llamamos vida.

Para atravesar con seguridad uno y otro las embravecidas tempestades que les esperan, y no ser victima de las olas y escollos que de continuo han de atravesar, el artífice pone al navio el timon que le dirige y le salva; y Dios pone al hombre la conciencia, juez de su libre albedrio, y de la que nace el honor, que es el timon social que debe marcar á la humanidad el derrotero de todas sus actos.

Así, pues, un navio, falto de ese aparato, no solo sería una cosa inútil, sino facilmente destruida: del mismo modo un hombre sin honor, se asemejaría á una bestia cuyos crímenes podrian contarse por el número de sus acciones.

De aquí se deduce, que el hombre lleva dentro de sí un tribunal constituido en esta forma.

Juez, la conciencia: fiscal, la vergüenza: actuario, el honor.

La primera como juez, es severa, y nos dice cuales son nuestras acciones malas ó buenas: la segunda como fiscal, nos acusa de nuestros defectos, y por eso quiso Dios, que al sospecharse de nuestros delitos, la cara, que es el espejo del alma, se nos ruborizase, y fuese el delator que evidenciase nuestros actos punibles: el honor como actuario, no solo da fe hasta de nuestros sentimientos mas ocultos sino que nos marca cuales son los que debemos aceptar, y cuales aquellos de quienes debemos huir.

Véase pues, si tuvimos razon para decir, que el honor es una virtud inapreciable; y lo es tanto mas hoy, cuanto que los

hombres desgraciadamente lo van echando en olvido.

Que esto es una verdad, aun cuando verdad amarguísima, lo prueba el cinico proceder de muchos, y la comparacion que podemos hacer entre sus costumbres y la antigua hidalguia de nuestros abuelos.

Al expresarnos así, estamos muy lejos de dirigir una acusacion completa á la sociedad: en ella existen no obstante personas que se distinguen por su honradez, si bien es cierto que el número de estas está en minoria.

El génio del mal ha tremolado una bandera que muy en breve ha hecho infinitos partidarios.

Al desplegarla al viento, ha dicho con sarcástica sonrisa: *«el que tiene vergüenza se muere de hambre»* palabras, que traducidas á su verdadero significado, quieren decir *«atrévete á todo, y nada detenga tus deseos.»*

Los partidarios de esta nociva jurisprudencia, es gente toda descarada.

Ser descarado, no es otra cosa sino no tener cara, y vease por donde naturalmente se prueba, que siendo el rostro el campo donde la vergüenza tiene su asiento, no tener cara, equivale á carecer de vergüenza.

Tal es pues la triste filosofia de la palabra *descarado*.

Que el que no tiene vergüenza no tiene honor, y que como lógico resultado, su conciencia es una conciencia muerta, es un hecho tan matemático, como que cinco y cinco, son cinco y cinco.

La señal para descubrir á un hombre sin honor; es la de descubrir que no tiene vergüenza.

Y esto no es muy difícil: todos sus actos, sus costumbres, su proceder todo, está en consonancia con el lema de su bandera *«el que tiene vergüenza se muere de hambre»*

El ejército que milita bajo semejante enseña, doloroso es decirlo, pero es muy numeroso: para conseguir sus fines, repara poco los medios: todos los caminos van á Roma, y por eso emprende todos los caminos.

Al honor de esta plaga miserable de hombres, le acontece lo que á las viñas, y es que le ha entrado el *oidium*.

Por eso su enfermedad no tiene cura, como la Providencia mas adelante no revele el específico.

Y no es lo malo solo que haya tantos seres que vistan el uniforme de la deshonor, sino que de estos seres, la sociedad no puede recojer otra cosecha que, crímenes que afectan inmediatamente al individuo, á la familia y á la sociedad.

De aquí surge la necesidad de los legisladores, de las cárceles, de los presidios, y toda esa série de tribunales é inventos indispensables para corregir al que yerra.

Pero lo grave del caso es, que entre todos los deshonorados, la clase á que hay que tener mas miedo, es aquella que tiene la astucia de cubrir sus crímenes, y eludiendo los tribunales, los presidios y las cárceles, viven entre nosotros, se llaman nuestros amigos, y explotan la buena fé de los hombres de bien.

Semejante série de hombres, es la mas peligrosa, y la que presenta el aspecto mas repugnante.

En ella forman en primera fila los hipócritas, la gente mas villana que se conoce, los libertinos, los farsantes políticos, los caballeros de *industria*, los que prestan el dinero al mil por ciento, los rufianes de alta estofa, los mete-sillas y sacamuertos, los turroneiros, los soplones, los que estafan, los que viven vendiendo su honra y la agena, los que hacen su carrera atravesándose en la de otros, y una multitud mas que omitimos, porque el estómago se nos subleva de asco:

Para esta gente, importa poco que Dios los mire desde el cielo, y que la execración universal les escupa al rostro: lo primero no les hace mella, porque faltos de conciencia que es el libro donde el hombre lleva escrito el código divino, nada temen del Ser Supremo; y lo segundo ¿que efecto puede dar la execración universal arrojada al *rostro* del que no tiene *cara*?

Ya lo hemos dicho: los partidarios de

esa bandera que lleva por lema «*el que tiene vergüenza se muere de hambre*» es toda gente *descarada*: ser descarado no es otra cosa sino no tener vergüenza: quien no tiene este indispensable y noble sentimiento, es porque carece de conciencia; y si el honor como digimos al principio es una emanacion natural del consorcio de la conciencia y la vergüenza, los milicianos de esa bandera de prostitucion, forman un ejército de personajes sin honor, tan dignos de castigo, como merecedores del desprecio de todos los hombres honrados.

¡Ignominia y baldon para los *descarados*!....

¡Prez, alabanza y gloria para los hombres con honor!....

MEMORIAL

QUE PRESENTÓ Á UN GRANDE DE ESPAÑA

el abogado Silvio del Arga. (1)

Pues que la fama inmortal
Tan piadoso os considera,
Sedlo conmigo siquiera
En leer este memorial:
Os contaré de mi mal
Las crüeles tiranías
Que acabando van mis días;
Porque son, en mi conciencia,
Grandes, como Vuceleñcia,
Y estremadas, como mias.

Con once años de abogado,
Que son once eternidades,
Once mil necesidades
Son, señor, las que he ganado:
Totalmente rematado
Del hambre me llevo á ver;
No me puedo en pie tener;
Y en tan rigoroso abismo,
Sino me como á mí mismo
No tengo ya que comer.

Presto oiréis que perdí
Mi flaco vital estambre,
Pues no puedo comer de hambre
Y el hambre me come á mí:
Pocos días há lei

(1) Es nombre supuesto.

Que la dieta natural
 Preserva de todo mal,
 Y dije con impaciencia,
 «Si es segura esta sentencia
 «Yo debo ser inmortal.»

Orando un dia postrado
 Le dije al gran San Anfon:
 «Convierte en vivo lechon,
 «Santo mio, el que es pintado;
 «Y despues que haya aliviado
 «Yo mi estómago mezquino,
 «Para tu adorno imagino
 «Podrá suplir una treta;
 «Y es, que como soy poeta
 «Te serviré de cochino.»

En San Felipe el Real
 Hay un retrato divino
 Del Beato Tolentino,
 Tan vivo, tan natural,
 Tan perfecto, tan cabal,
 Que al mirar tanta destreza,
 La vista á dudar empieza
 (En su ajustado nivei)
 Si es efecto del cincel
 O de la naturaleza.

Yo, que miré el perdigon,
 Embistiéndole engañado,
 Le di tan fuerte bocado
 Que le rompí medio alon;
 No fué rémora á mi accion
 La dureza en lance tanto;
 Y por comer, sin espanto
 Proseguí con ansia ciega;
 Y si el sacristan no llega
 Creo que me como el Santo.

En mis vestidos enfada,
 Y la cólera despierta,
 Verlos tanta boca abierta,
 Y yo la mia cerrada;
 De banderas rodeada
 Se mira la ropa mia;
 Y en desdicha tan impia,
 Señor, si lo consideras,
 Verme con tantas banderas
 Me ha de dar alferecía.

Entre otras ropas, ufano
 Solo al tiempo ha resistido
 Un manto mas raído
 Que conciencia de escribano;
 De pringue está tan lozano,

Que si alguna visitilla
 De cumplimiento me pilla,
 Si acaso llego á sentarme,
 Cuando voy á levantarme
 Saco colgando la silla.

Tan flaco, tan vejestorio
 Estoy con lo que padezco,
 Que me dicen que parezco
 Desertor del purgatorio:
 A todo el mundo es notorio
 De mi fortuna el desaire;
 Y sin que sea donaire,
 Como ha tanto que no como
 Me pongo en las piernas plomo
 Porque no me lleve el aire.

Para cañon de escopeta
 Me dijeron que servia;
 Pero, señor, en el dia
 Ni aun sirvo para lanceta.
 Yo os juro, á fé de poeta,
 (Juramento en mi el mas propio)
 Que tanta flaqueza acopio,
 Que si entran á visitarme
 Mis amigos, para hallarme
 Se valen de microscopio.

Y pues ya, por mis razones,
 No ignorais el mal que paso,
 No seais con migo escaso;
 Lloved en mi bendiciones;
 Participe vuestros dones
 Un ingenio abandonado;
 Que yo pediré postrado
 Al Sumo ser poderoso,
 Que os haga á vos tan dichoso,
 Como yo soy desdichado.

BLANCA

Ó MEMORIAS DE UNA JOVEN.

LEYENDA ORIGINAL

DEDICADA

á D. Juan José Madrigal.

CONTINUACION.

¡Tremenda condicion de las cosas terrenas, que aquella que mas nos ofrece

ventura, suele convertirse en la terrible llama que estingue la ilusion y la vida del hombre, que cual simple mariposa en ella se precipita.

Habian pasado unos meses en todo el apogeo de la dicha: todas las noches á las doce, Enrique venia, y desde un alto balcon en el que le esperaba, hablábamos parte de ella sin ser descubiertos por mis padres, de quienes me guardaba para no ser vista.

En este tiempo ambos olvidamos que éramos desgraciados; que habíamos nacido para padecer, é ilusos en la carrera del amor, solo atendíamos á sus inspiraciones, en las cuales nos recreábamos llenos de inocencia y candor; pero ¡ah! cansada la furia que oprimiera nuestro cuello con su yugo de admirarnos colmados de dicha, pronto nos atacó de nuevo, y nuestra ventura desapareció cual las ligeras nubes que arrebatan el viento, ó como el fugitivo placer que producen los efimeros halagos del mundo.

Entre los malhadados momentos de la vida, nunca se olvidan aquellos que por su circunstancia han zaherido mas el corazon, y han profundizado mas la llaga siempre abierta en su centro.

Era el dos de Noviembre de 1825.

El sol débil en su esplendor parecia pronosticar el luto.

Dilatados nubarrones que veloces en su curso llenaban la atmósfera, indicaban uno de esos dias funebres de invierno, en los que el apenado mortal siente con doble violencia los sufrimientos que le ofrece su inexorable destino.

Paris, sin embargo del continuo movimiento de sus habitantes, se veia sombrio, imponente, y sus innumerables chapiteles estaban cubiertos de porcion de nieve que recogida durante la noche anterior, era herida en algunos instantes por un rayo de sol poniente, que hacia reflactar una luz singular que aumentaba lo tétrico de la hora.

El dia tocaba á su fin.

A pesar del intenso frio que reinaba, cuatro horas habian transecurrido que mi

padre se hallaba fuera de casa, inquiriendo los pormenores de mis relaciones con Enrique, manifestadas por medio de un anónimo que habia recibido.

Enterada por mi madre de este incidente, como de lo airado que estaba mi padre, no pude por menos de confesarle mi amor, los mas profundos sentimientos de mi alma, y mi total resolucion de no abandonar un hombre para quien sola vivia.

Tal aclaracion, hecha con toda la energia de que es susceptible una pasion volcánica, fué oida por ella, con sobrada atencion, y apercibida de mi terminante decision, el llanto inundó sus mejillas, porque ¡ay! estaba demasiado enterada de los pensamientos de su esposo, y veia alzarse sobre mi el brazo riguroso de una justicia criminal, cual la de un padre en el sentido que mas adelante veremos.

La noche llegó por fin; su enlutado manto salpicado de diáfanos brillantes, que cual lucientes antorchas pendian del firmamento como otras tantas chispas de encendido fuego, envolvía en oscuridad la vasta naturaleza, cuando fui llamada á la presencia de mi padre, segun mandato pronunciado al entrar en casa.

Oprimido el corazon por las consecuencias de esta entrevista, mi espíritu sintió todo el peso de su infortunio, y semejante al reo que con paso vacilante se presenta al juez que le ha de juzgar, ignorando el término triste de su causa, asi me dirigí á su habitacion, á la que llegué pálida la color y abandonada de todas mis fuerzas, porque ¡ay! su carácter rígido le conocia demasiado, y mis presentimientos no eran vanos.

Iba á consumarse un sacrificio... pero cuál fué mi sorpresa al hallar á Enrique hablando con él, quien le contestaba de una manera cortés y afectuosa.

Entonces, con la velocidad de una imaginacion desgraciada, mis few ores se desvanecieron; fui tan temeraria que pude pensar si trataria en aquel momento de

enlazarnos para siempre y, ¡casiago instante! ¡horrorosa malicia! aquella felicidad superficial no era sino una intriga fraguada para separarnos hasta el sepulcro.

Ya que hube llegado al sitio que ocupaban, me hizo sentar junto á él, y con una sonrisa que jamás había asomado á sus labios, se espresó en estos términos

—Blanca, por un casual incidente he sabido las relaciones que tiempo hace tienes contraídas con este jóven, al que encuentro digno de tu amor.

No ignoro la fuerte pasión que á ambos os anima, y el único sentimiento que hácia tí abrigo, es no hayas tenido la suficiente libertad para manifestarme este compromiso que desde luego merece mi aprobación.

Enterado de todo, no he vacilado un punto en buscar á tu amante, manifestarle lo que acabas de oír, y habiendo usado de la franqueza que inspiran mis espresiones, no ha tenido rebozo en esplanarme sus ideas, concluyendo por decir, que teniendo su vida consagrada á tu amor, tan solo sentia su posición por no poderte merecer tan pronto como quisiera.

Esta aclaración ha enternecido mi corazón, é impulsado por una voluntad suprema, le he mandado me siguiese para escuchar tu respuesta, y según ella enlazarnos, procurandoos vuestra subsistencia; dime, Blanca, ¿amas con la misma vehemencia á este jóven y sientes los mismos impulsos que él experimenta por tí?

Esta pregunta dirigida en un tono convincente, hirió tan dulcemente mi alma, que sin tener presente lo que há poco me había insinuado mi querida madre, y sin preveer la malicia que tales espresiones envolvían, le contesté arrebatada en júbilo.

—Tal es el amor que le profeso, que anhalaria una y mil veces la muerte, si la posesión de su persona hubiera de pertenecer á otra muger mas afortunada que yo.

Así dije y el sacrificio se consumó, si,

porque solo buscaba esta esplanación para conocer el grado de violencia que tal pasión ejercía sobre mi pecho, y esta quedó manifestada con tan imprudente debilidad.

Entonces, dando un aire de satisfacción á su rostro, se volvió hácia Enrique y le dijo.

—Ya habeis presenciado las palabras de mi hija; ella os adora; por tanto, contad desde ahora con mi apoyo, y fiel á mi palabra, saldreis en este momento á ejecutar las funciones que os marcaré, y que ya os tengo indicadas. Tomad estos mil rs., dirigios á la casa de mi amigo Mr. Sivnar, agente de diligencias matrimoniales, enterándole sois la persona de quien le he hablado esta tarde, y dándole esta cantidad, esperad sus órdenes y haced aquello que os diga para la mas pronta conclusión de los asuntos de enlace: ¿lo habeis entendido?

Así, pues, no os detengais; puede salir de su casa, y el tiempo es precioso, marchad.

Al concluir estas palabras había puesto en las manos de Enrique la suma indicada, y como si algun temor le hubiese asaltado en aquel momento, dijo repentinamente.

—Juzgo muy prudente no salgais solo: si os parece pueden acompañaros dos personas de confianza; hay muchos rateros, la noche es oscura y pudiera.....

Enrique no le dejó concluir; el temor de un robo inevitable, se presentó ante sus ojos con viveza, y calculando si tal sucedía, fuese causa de entorpecer nuestros deseos, se sometió á la indicación que se le había hecho, y se convino con ser acompañado.

Esto así, mi padre tomó una campañilla, hizo señal para que entrasen, y dos hombres desconocidos aparecieron en el dintel de la puerta.

(Se continuará).

¡POBRE FLOR!

FANTASIA.

—
¡Pobre flor!.... ayer lozana
esbelta, fresca, galana
te encontré;
matizada de colores,
prodigando tus olores
que aspiré.

—
Como en dulcísimo lecho
reclinábaste en el pecho
de Leonor,
y orgullosa en él cantabas
las delicias que gozabas
del amor.

—
¡Pobre flor!.... tanta ventura
ignorabas que no dura,
que es falaz
cuanto sonrie en la tierra,
y que pasa el bien que encierra
muy fugaz.

—
¡Pobre flor!.... yo te envidiaba
y tu dicha envenenaba
mi existir,
porque solo al pensamiento
era dado en su tormento
conseguir.

—
Atrevido penetrar
en el escondido altar
del pudor,
donde late acompasado
un corazón adorado
sin dolor.

—
Y robándome la calma
profunda pena en el alma
yo sentí;
y te miraba celoso

7
y de tu suerte envidioso
te pedí;

—
Y Leonor te me entregó
y á mi pecho devolvió
su quietud.
Desde entonces tú marchita
lloraste tan dura cuita
sin salud:

—
Horriblemente sufriste
y tus perfumes perdiste
y el color:
¡Ay de mí!.... de tu tormento
soy la causa, me arrepiento,
pobre flor!

—
Vuelve, vuelve sin demora
á la mano encantadora,
vuelve, sí,
del dueño por quien suspiras,
y si en sus ojos te miras
¡ay de mí!

—
Y si sobre su cabeza
te prendiese con terneza
singular,
y si en su lábio te toca
ó en su pecho te coloca
virginal.

—
Ocultame tu alegría
ó veras de mi agonía
el horror,
porque de nuevo celoso
te aborreceré envidioso,
pobre flor!

MANUEL TORRECILLA DEL PUERTO.



VARIEDADES.

EL CALVO QUE HA ESTADO EN BENIEL,

al otro que no tiene pelo.

Mi querido amigo *sin pelo*: es una soberana desgracia el que en la época actual todo se tergiverse, y que hasta los actos mas sencillos se les imprima una tendencia que no tienen.

El simple hecho de haber estado en Beniel, te ha dado motivo á creer que yo, es decir, el padre de la burla, he ido para que la tia Pepa (la milagrosa) me pasase la medalla por la cabeza. á ver si nuevamente me salia pelo.

Pues te engañas de medio á medio: es cierto que fui; pero lejos de llevarme el fin que presumes, no me condujo otro objeto que el pasar un dia de broma, y ver á tanto pobre crédulo volverse con las mismas pejugueras.

Y cuenta que al decir esto, no es por que dude de la verdad de los milagros; pero sí me rei siempre de los de la buena de la tia Pepa, á quien el vulgo ha querido llevar al cielo antes de tiempo.

Dicho esto, natural es que alcances que no he tenido necesidad de someterme á ninguno de los procedimientos que en la tuya me apuntas, por lo cual, mi cabeza sigue en el mismo estado en que estaba, es decir, calva.

Pero como de tu carta se colige que tu no le harias asco á cualquier medio que te diese lo que no tienes, es decir, pelo, voy á enseñarte donde vive quien, facilmente obrara en tu cabeza una metamorfosis rapida, y que te ponga tanto pelo como cuentan que tenias cuando eras un angelito. (¡Ojalá que hoy lo fueras todavia...!!!)

En la calle del Príncipe Alfonso núm. 20, habita la segunda Providencia en la tierra para las cabezas: ve allí, dile sin rubor tu falta, consultale tu cuita, muestrale tu despejada frente, pondera la necesidad que te induce á ponerte lo que Dios y la naturaleza no le plugo que ostentases, dí el yo pecador con contricion perfecta, y yo te respondo que muy en breve, tu cabeza será cubierta con una peluca, á cambio de otra que habrás sacado de tu bolsillo.

Esto es cosa probada; pero en el interin, sigue cuidando del poco pelo que te queda, pegándotelo y atándolo de noche, pues ahora comprendo que si

Loco te juzgué por ello
Ahora advertido hallo,
Que eres muy cuerdo en atallo,
Por que te se va el cabello.

Una pregunta inocente.—En el núm. 1.º del periódico LA JUVENTUD, y en un romance escrito á Zulima, leemos entre otros versos los siguientes:

Tuyo fui cuando te ví,
Hoy tuyo porque te entibias,
Y seré tuyo tambien
Mas allá de la otra vida.

Aquí está nuestra duda: ¿Querra decirnos el autor de los preinsertos versos, que vida es la que ha descubierto *mas allá de la otra*, que hasta hoy desconocemos los cristianos? Decimos esto, porque nosotros conocemos la vida presente, que es por cierto poco agradable, y creemos en *otra eterna* que principia en el sepulcro; pero esa *otra, mas allá de la otra*, lo confesamos francamente, no tenemos de ella el menor conocimiento. Ilustrenos, pues, nuestro colega, por que el negocio es grave, y bien merece la pena de ocuparse de él. Dicho esto, aun le enderezaremos otra pregunta: ¿tiene seguridad el autor, de que será libre en esa tercera vida que nos anuncia, para continuar siendo suyo, y poder ser el amante de su Zulima?

EPÍGRAMAS.

En Viernes Santo una vez,
Tocino estaba comiendo
El gordinflon de D. Mendo,
Que mezclaba con un pez
Y sendos tragos bebiendo.
Dijolé entonces su primo:
—Hombre!.. mira que es pecado
Mezclar carne con pescado.
—Si esto; contestó el ladino,
No es carne, sino tocino.

—Jesus!.... qué cara tan fea
Tienes, hermano—decia
En cierta ocasion Lucia,
—Vé donde yo no te vea!....
Eres negro, bizco y chato.
—Si?—respondió furibundo
Pues me dice todo el mundo
Que soy tu vivo retrato.

EDITOR RESPONSABLE
Vicente Riera y Rueda.

MURCIA. Imp. de Leandro y Vicente Riera,
calle del Príncipe Alfonso, número 55.